

LOS CUIDADOS DEL CUERPO *

Por Johannes BÜHLER

EL HOMBRE MEDIEVAL era aficionado a *comer y beber* bien y, sobre todo, a comer y beber mucho. Es significativo que en la imaginación popular de esta época el símil bíblico del “banquete celestial” cobre no pocas veces un relieve parecido al que presentan entre los mahometanos otros placeres materiales. Los poetas y cronistas de la baja Edad Media detienen a describir con especial delec-

tación las comilonas y francachelas que solían celebrarse con los más diversos motivos, en las numerosas fiestas de la iglesia, en los bautizos, las bodas, los entierros, etc. La alegría de la gente era más grande cuanto más duraban las fiestas y mayor muchedumbre de gente se reunía a celebrarlas. En las famosas bodas de Jorge el Rico, duque de Wittelsbach, celebradas en Baviera en el año 1475, reuniéronse el padre de la novia con el novio y tres mil caballos, el cortejo de la novia con setecientos, el emperador con otros tantos, el margrave de Brandeburgo con mil cua-

trocientos, y así sucesivamente: en total, la corte de Baviera tuvo que dar de comer a más de nueve mil caballos. Las personas no pudieron contarse, pues aparte de los invitados y de su séquito, todos los vecinos de la ciudad en que se celebraron las bodas y cuantos se hallaban de paso por ella comieron y bebieron durante ocho días a la salud de los novios; mientras duraron las fiestas nupciales se prohibió la venta de víveres dentro de la ciudad, pues a todos proveían las cocinas ducales, y en medio de la plaza había dos grandes barricas, una de vino blanco y otra de vino

* JOHANNES BÜHLER: *Vida y cultura en la Edad Media*, próximo a aparecer en la serie de Grandes Obras de Historia que edita el Fondo de Cultura Económica.



— Eduard Fuchs. *Illustrier Sittengeschichte*

“las comilonas y francachelas que solían celebrarse con los más diversos motivos”

SUMARIO: *Los cuidados del cuerpo*, por Johannes Bühler • *La feria de los días* • *Mi pequeña constelación jalisciense*, por Emmanuel Carballo • *La defunción de la rosa*, por José Cárdenas Peña • *Primera dama*, por Augusto Monterroso • *Psicología ferroviaria*, por Carlos Valdés • *Tres poetas mexicanos*, por F. Charry Lara • *Breve nota a Góngora*, por Manuel Pedrosa • *El festival de Shakespeare*, por Margarita Quijano Terán • *Historia documental de mis libros*, por Alfonso Reyes • *El príncipe Louis de Broglie*, por Elena Poniatowska • *Nuevas obras de Camus*, por Tomás Segovia • *Artes Plásticas*, por Paul Westheim • *El teatro*, por Francisco Monterde • *Libros*, por Enrique González Rojo • *Dibujos* de Andrée Burg, Juan Soriano y Ricardo Martínez

tinto, llenando continuamente los cántaros de los que se escansiaba a los bebedores.¹

Las gentes de las ciudades no iban en esto, en la medida de sus posibilidades, a la zaga de los grandes señores; los invitados a los bautizos y otras fiestas por el estilo solían formar muchedumbre, pues no concurría a ella solamente la parentela, muy numerosa, sino el gremio entero a que pertenecía el padre de la criatura, el novio, el padre de la novia, etc., suponiendo que se tratase, por ejemplo, del maestro de un gremio de artesanos. Se han conservado algunos datos estadísticos bastante minuciosos de las bodas de la hija de un maestro panadero de Augsburgo, celebradas en el año 1496; fueron sacrificados para dar de comer a la concurrencia veinte bueyes, cuarenta y nueve cabritos, quinientas aves de distintas clases, mil seis gansos, veinticinco pavos reales, cuarenta y seis terneras, noventa y seis cerdos de ceba y quince pavos. Como es lógico, estas comilonas resultaban ruinosas hasta para los burgueses y los campesinos más acomodados, y los príncipes y las autoridades urbanas no se cansaban de dictar normas minuciosísimas para poner coto a estos catastróficos excesos, prescribiendo el número de comensales que podían ser invitados por una familia y la clase y cantidad de manjares que podían servirse en las fiestas. Había, a veces, platos reservados con carácter de exclusivo a la nobleza; en Génova, por ejemplo, la carne de cordero sólo podía servirse en las mesas de los nobles.

Sin embargo, la vida normal y corriente no era, ni mucho menos, tan opípara como pudiera creerse a juzgar por las fiestas, los relatos de los poetas y los cronistas, las ordenanzas y prohibiciones de las autoridades y las interminables quejas y amonestaciones de los predicadores. Las fiestas de la iglesia eran muchas, ciertamente, pero aún eran más los días de ayuno y de vigilia, en los que no se podía comer carne y había que contentarse con una sobria colación. Además, la sencillez e incluso la pobreza de las condiciones en que vivía la gran mayoría de la población, lo mismo en la ciudad que en el campo, no le permitían, por regla general, darse una vida regalada ni siquiera placentera. De nada serviría entrar a dar detalles en apoyo de esta afirmación, ya que se advierten diferencias muy considerables según las regiones y los recursos que cada familia podía invertir en comer.

Hacíanse, generalmente, tres comidas al día, que correspondían, sobre poco más o menos, a las que suelen hacer hoy los campesinos. Por lo mañana, una sopa; a mediodía, gachas, o platos a base de harina rara vez,² y con frecuencia otra sopa, carne y legumbres: la cena solía ser, a lo que parece, muy simple. Muchas veces se ha intentado calcular el consumo diario de carne de distintas ciudades, pero sin haber podido llegar nunca a resultados seguros. El consumo de pescado, aun en el interior del país y fuera de los días de vigilia, era relativamente grande, más que en nuestros días, hallándose muy extendido el empleo del pescado de mar y de río, salado y seco. En general, la gente de la Edad Media era muy aficionada a las comidas fuertemente sazonadas; si los medios lo permitían, empleábanse para ello las especies extranjeras, especialmente la pimienta. El cubierto principal empleado para comer era la cuchara; el tenedor sólo

se utilizaba en la cocina y para servir. Los libros de urbanidad, los sermones y las obras satíricas se quejan y se burlan constantemente de las costumbres culinarias de la época, muchas de las cuales, a juzgar por el modo como se las describe, no habrían abierto precisamente el apetito al hombre de hoy.

En el campo, la gente bebía casi siempre, hasta muy entrado el siglo XIII, agua y leche. En el norte de Alemania alcanzó luego gran predicamento la cerveza, y algunas ciudades, sobre todo Erfurt, encarecían la buena calidad de la fabricada dentro de sus dominios. Esta bebida se extendió más tarde al sur de Alemania y a Baviera, donde hasta entonces habían predominado el vino de la tierra y el mosto. La viticultura fue extendiéndose cada vez más. En algunos gremios de artesanos, las ordenanzas prescribían que se sirviera normalmente, incluso a los oficiales, vino o cerveza en la comida de mediodía. Los grandes señores y los altos jerarcas de la iglesia mandaban traer el vino de Italia y de los demás países vinícolas, pero casi puede asegurarse, dadas las condiciones de transporte de la época, que las remesas no serían grandes. Era corriente que el

vino se adobase fuertemente con ciertas especias, costumbre que no obedecía solamente a los gustos reinantes en la época, sino también, con toda seguridad, a la calidad de los vinos criados en las tierras del Isar, del Elba y del Oder o adulterados por el largo transporte. Los más diversos testimonios concuerdan en que durante la baja Edad Media imperaban en todo el Occidente y principalmente en Alemania las peores costumbres en lo tocante al beber y en que todas las clases sociales gastaban muchísimo en vino y otras bebidas alcohólicas.

Del *vestido* podría decirse, con ligeras variantes, lo que hace un momento decíamos al hablar de la actitud del hombre medieval ante la comida. También en lo referente al vestido era aficionado sobre todo a la ostentación, pero el espectáculo de la vida cotidiana, de la que las fuentes hablan muy poco y sólo de pasada, difería mucho del que ofrecían los días de fiesta y las grandes solemnidades.³ En los primeros siglos de la Edad Media, el campesino casi nunca llevaba pantalones y se cubría todo el cuerpo con una especie de levitón que le llegaba hasta los tobillos; más tarde, se extendió el uso del pantalón, acortándose aquella prenda, hasta convertirse en una chaqueta, con las mangas muy ceñidas. Para trabajar en las faenas del campo, los hombres se aligeraban de ropa, hasta quedar casi desnudos. En los domingos y días de fiesta y en las ocasiones solemnes, todas las clases sociales procuraban acicalarse y vestirse con el mayor lujo que sus medios les permitían. Como siempre, eran los de arriba los que daban el tono en las modas, siendo imitados luego por los de abajo; el vestido del pueblo, en la Edad Media, era también, casi siempre, la moda de los señores adaptada a las posibilidades y a los gustos de los campesinos y de las gentes de las ciudades.

Gustavo Freytag ha caracterizado en palabras certeras el motivo moral más importante del lujo medieval en el vestir:

Las gentes de aquel tiempo daban más importancia que las de nuestros días al acicalamiento en el vestido; hombres y mujeres rivalizan en presentarse lujosamente ataviados cuando tienen que aparecer entre los demás. El consumo de telas caras y de colores abigarrados es relativamente grande, en esta época. Este afán de llamar la atención y de vestirse con más lujo del que la situación económica de cada cual consiente está en contradicción con la tendencia de la Edad Media a caracterizar la profesión y el valer social de cada persona por el traje que viste. Del mismo modo que el siervo, el judío, el clérigo deben darse a conocer por su traje, el príncipe, el caballero, el mercader quieren tener privilegios en el vestir para ellos y sus esposas, y las demás clases sociales, imitándolos, pugnan incesantemente por que les sea concedido el mismo honor. De aquí arrancan las ordenanzas sobre el vestido, que llegan hasta la Revolución francesa.⁴

A este afán de ganar prestigio y consideración social por medio del vestido se unía el de hacer resaltar los encantos sexuales; incluso entre los hombres surgían constantemente, en la Edad Media, mo-

(Pasa a la pág. 9)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Jefe de redacción:

Juan Martín.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:
"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, Obregón, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Suscripción anual: „ 10.00

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

LOS CUIDADOS DEL CUERPO

(Viene de la pág. 2)

das de una desvergüenza asombrosa. Y las autoridades seculares y eclesiásticas creíanse obligadas a intervenir para poner coto a estos abusos, no sólo por prejuicios de clase y las consideraciones de tipo económico, sino también por motivos de carácter moral.⁵

El lento, pero constante progreso de la cultura material y, al mismo tiempo, el abismo escandaloso entre el puñado de los poderosos y las enormes masas del pueblo, se revelan también en lo tocante a la vivienda medieval, más claramente todavía y con mayor fuerza que en lo referente a la comida y al vestido. Un autor, Grupp, señala con razón que las cabañas de los vaqueros y los carboneros de las regiones de los bosques y las chozas de barro de las regiones del este, en nuestros días, sólo nos permiten formarnos una idea remota de cómo vivían en la Edad Media los campesinos pobres, es decir, la gran mayoría de la población. Durante toda la Edad Media, apenas se conocieron en el campo más que las casuchas primitivas de madera, aunque en algunas aldeas se veían algunas construcciones a base de tabiques combinados de madera y piedra, que consentían levantar segundos pisos.⁶ Es cierto que en los países latinos abundaban más las casas de piedra, pero su interior presentaba, sobre poco más o menos, el mismo aspecto de pobreza que el de las casas de madera de los países germánicos. Generalmente, las casas no tenían ventanas ni aberturas para la ventilación, hornos ni camas. La cocina, con el fuego al descubierto, era por lo general muy espaciosa y toda la familia se tendía a dormir en ella, por la noche. Debajo de la cocina solía estar el corral de las aves. Como es natural, las casas estaban plagadas de bichos e insectos. Un paso considerable de avance se dio cuando se empezó a cubrir con sacos de paja, para dormir, los bancos, los arcones y cuando se introdujeron los camastros de tablas. Sólo los campesinos ricos podían permitirse el lujo

de usar almohadas, edredones, mantas y colchas: los demás, cubríanse por las noches con ropa o sacos.

Las murallas defensivas que ceñían las ciudades, al reducir el espacio habitable, contribuían en buena parte al hacinamiento en que vivía la población urbana. A su vez, el hecho de que la mayor parte de los vecinos de las ciudades sólo contasen con medios económicos muy limitados y una parte bastante considerable de ellos con ninguno en absoluto, repercutía también desfavorablemente entre los habitantes de las aldeas. La idea que hoy nos formamos de lo que eran las ciudades medievales responde casi siempre a la realidad de las ciudades importantes en su plaza central y en las calles adyacentes a ella, pues en el resto de la ciudad apenas se veían más que casuchas misérrimas y casi siempre ruinosas, y no pocas veces había dentro del recinto amurallado, ya muy reducido de por sí, grandes terrenos baldíos y sin edificar. Y la pobreza de la instalación interior correspondía en la mayor parte de los casos al mísero aspecto de sus fachadas. Hasta en las casas de la gente más acomodada

se advierte, a comienzos del siglo XIV, una gran pobreza en cuanto a la instalación de la vivienda, el mobiliario y el menaje domésticos; paredes desnudas, habitaciones inhóspitas y desoladas, casi sin muebles, en que la gente vive apretujada. Apenas ahora (a comienzos de este siglo) empiezan a instalarse un poco mejor los comerciantes, sobre todo aquellos que tienen tratos con las ciudades más confortables del sur. La pequeña estufa, raro aditamento de la antigua casa burguesa, que en los viejos tiempos aparecía cubierta, donde la había, de ladrillos o azulejos negruzcos y construida sin la menor pretensión artística, en forma de cúpula, va aumentando de tamaño en las casas pudientes, cobra colores más alegres y aparece flanqueada por bancos para los visitantes distinguidos. La estufa y los rombos de cristal de colores chillones emplomados en las ventanas, reproduciendo primero dibujos de tapices y más tarde escudos heráldicos bellamente ejecutados, constituyen ahora los principales adornos de una casa opulenta. Hacia final del siglo, las habitaciones empiezan a encolarse ya en distintos colores; los muebles son todavía muy sencillos, mesas, sillas de madera, bancas, los armarios escasean más que las arcas y los cajones, la vajilla es de barro esmaltado y graciosamente pintado o de latón. En el piso bajo está el taller o el cuarto de trabajo, un dormitorio y una sala para las mujeres y para las reuniones de familia; es también, en las casas pudientes, el salón en que se recibe a las visitas. Los almacenes y las bodegas ocupan gran parte de la casa.

A partir del siglo XV, las familias más distinguidas de las ciudades emplean una parte de su riqueza en decorar ostentosamente el exterior y el interior de sus viviendas.

Las fastuosas residencias privadas, aunque sigan construyéndose en estilo gótico,



Eduard Fuchs. Illustrier Sittengeschichte
"no iban a la zaga de los grandes señores"

corresponden más al mundo de ideas del siglo XVI. Los esfuerzos arquitectónicos de la Edad Media se encaminan, fundamentalmente, al servicio público: la fe viva de esta época y la absorción del individuo por la corporación de que forma parte ayudan a reunir abundantes recursos para construcciones puramente eclesiásticas, caritativas y profanas. Las mismas murallas protectoras de la ciudad, con sus numerosas puertas y torres, muestran no pocas veces una gran belleza arquitectónica; al lado de la catedral, surgen importantes iglesias, destinadas a las parroquias y a las órdenes monásticas, que gustan de establecerse en las ciudades. Se levantan hospitales, asilos y hospicios, dotados abundantemente por las fundaciones. Los consistorios, que se han conservado en gran parte, y las casas de los gremios, de las que aún quedan en pie algunas, atestiguan el orgullo y el espíritu de sacrificio de los vecinos de las ciudades. Las lonjas y los mercados de granos, para citar sólo éstos, eran también construcciones de utilidad común. Los distintos grupos de asalariados que, en comparación con los exigüos ingresos de la mayor parte de los vecinos de la ciudad, no puede decirse que ganasen poco, podían permitirse de vez en cuando sus expansiones en las tabernas y en las diversiones de las fiestas públicas.⁷

Las residencias de la nobleza en el campo ofrecen, según la fortuna de su poseedor y la situación y finalidad de la residencia, toda la escala de matices que va desde la gran casa rústica hasta el castillo palaciego. El pasaje que citábamos más arriba, tomado de una carta de Ulrico de Hutten, refleja probablemente las condiciones de vida existentes en la mayoría de los castillos, que abundaban mucho, por aquel entonces. Las cortes señoriales del primer período, el período aristocrático de la Edad Media, eran conjuntos de sencillos edificios, adaptados a las necesidades de la vida agrícola, y las mismas residencias de los grandes eclesiásticos y seculares en la ciudad revelan al principio el mismo carácter, aunque ya desde muy pronto se ven descollar dentro de las murallas urbanas, sobre todo en Italia, pero también en el norte, las torres de las casas-fortalezas. A partir de la época de los emperadores sálicos, algunas de las residencias imperiales se transforman para convertirse en grandiosos castillos o palacios, como ocurre con el de Goslar (reconstruido hacia el año 1040) y los del período de los Hohenstaufen; además, se amplían considerablemente algunas fortalezas antiguas y se restauran los viejos palacios. Los príncipes no tardan en seguir el ejemplo de los reyes y emperadores; algunos de sus castillos rivalizan en



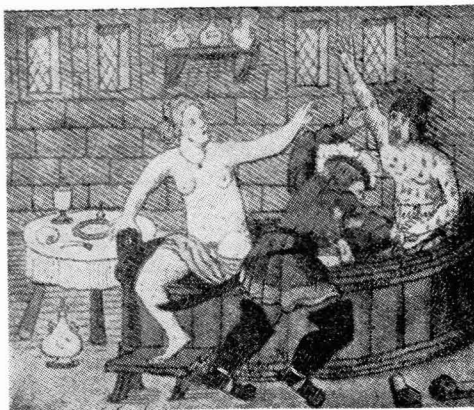
— Sinopsis

"causas ajenas al conocimiento del hombre"

grandiosidad y en esplendor con los de éstos. Y toman también gran incremento las actividades arquitectónicas de la nobleza y de las ciudades en todos los países, con las variantes y características impuestas, como es lógico, por el clima, el carácter nacional y la historia de cada uno de ellos.

En el campo de la *higiene y la medicina*, la Edad Media ofrece una mezcla curiosa de las más burdas anomalías y las ideas más necias y disparatadas con costumbres muy racionales y prácticas. La suciedad y la superstición eran, en este terreno, los grandes azotes de la época. La vivienda de las gentes humildes de la ciudad y del campo, tal como la dejamos esbozada, no se prestaba precisamente para arraigar en sus moradores el hábito de la limpieza. Las calles de las ciudades eran verdaderos "pozos de basura";⁸ hasta el siglo xv no se empezó a pavimentar, en alguna que otra ciudad, "las calles más céntricas y distinguidas", "cosa que respondía, indudablemente, a una gran necesidad, pues la ciudad estaba llena de barro por todas partes y en todas las épocas del año había que atravesar las calles pisando sobre tablones y defender las casas con diques de piedra, y las rodadas se enterraban de tal modo en el barro del arroyo que, por ancha que fuese la calle, los carros apenas podían salirse de ellas para dejar paso al que viniese en dirección contraria".⁹ Vivían en las ciudades muchos vecinos dedicados a la labranza o que poseían y trabajaban fuera de la ciudad, como ocupación accesoria, una parcela más o menos grande; el estiércol se depositaba sin miramiento alguno en la calle, ni más ni menos que las demás basuras. Cómo estaban las cosas en Nuremberg, todavía en la segunda mitad del siglo xv —y eso que se trataba, tal vez, de una de las ciudades más limpias de todo el Occidente—, podemos inferirlo de los siguientes preceptos tomados de las ordenanzas sobre la limpieza de las calles:

La víspera de Santa Catalina (23 de noviembre), el maestro de obras de la ciudad debe ordenar que se barra y se retire el lodo y la basura del puente de Santa Catalina, de la puerta que se abre delante de las caballerizas y de la fuente y también de la otra puerta, donde está el lazo (de los pescadores de la ciudad), para que la gente no se incomode si ve que no se ha barrido, a menos que esté todo helado. Asimismo deberá velar el maestro de obras de la ciudad porque, por navidades, carnavales, cuando se exhiban las reliquias, en pascuas, en pentescostés, el día de San Sebald, cuando vengan muchos señores y en cualquier época del año en que fuere menester, se barra y se limpie el lodo, y la basura desde la botica que hay junto a los Predicadores hasta el consistorio y la Fuente Bonita, así como en las artesas que están delante de los vertederos del canal, sin que tenga por qué preocuparse de los demás sitios... En la plaza no necesita hacer nada, pues es obligación del nuevo hospital tenerla limpia..., evitando que se amontone allí la basura de un año para otro. Pero si no retirase la basura de vez en cuando, amontonándola para que la retiren los carros, como es debido, el maestro de obras de la ciudad deberá hablar con el maestro del hospital.¹⁰



Eduard Rusch. Illustrier Sittengeschichte
"las más burdas anomalías"

El hacinamiento en que vivía la gente en las ciudades y la suciedad de éstas traía consigo espantosas consecuencias cuando estallaba una epidemia. Las pestes eran casi constantes y azotaban tan pronto en unas partes como en otras del Occidente; la más furiosa de todas fue la conocida con el nombre de la "Muerte negra", que en los años de 1346 a 1350 se extendió desde Sicilia y algunos puntos de Italia por Marsella, el sur de Francia, el norte de Italia, España, Inglaterra y Alemania, hasta Rusia,¹¹ devorando innumerables vidas. Pocos años después, Europa volvió a ser azotada por nuevas oleadas de peste y, tras un período de relativa calma, el azote descargó de nuevo, con redoblada furia, a partir de mediados del siglo xv. No es posible aclarar ya con entera seguridad cuáles fueron los orígenes y la verdadera naturaleza de aquellas epidemias conocidas con los nombres de "Muerte negra", la peste, etc.

Contribuía a aumentar la conmoción que estas espantosas catástrofes producían en el alma del hombre occidental el hecho de que se sintiera punto menos que impotente ante ellas, sin acertar a explicárselas más que como el azote de la cólera divina, como consecuencia de ciertos fenómenos cósmicos monstruosos o como resultado de otras causas sobrehumanas o ajenas al conocimiento del hombre. Los horrores vividos en los períodos de peste¹² y el peligro pestilencial que pendía a todas horas sobre las cabezas de aquellos hombres provocó aquel pesimismo, ambiente que se refleja en las "danzas macabras" de la época y que hoy se propende en demasía a considerar como una de las características de la baja Edad Media.¹³ Las "danzas de la muerte" son, como la misma peste, el más patético *memento mori* y pertenecen al mundo religioso, aunque revelen también, de vez en cuando, ciertos tintes de crítica social.

Pero estas pinturas ponen al descubierto otro rasgo de la época, no menos acusado y característico: un desenfreno moral sin precedente. Eran incontables las gentes de aquellos tiempos que querían alejar, danzando y divirtiéndose, la muerte y la idea de la muerte, y se entregaban sin freno a todos los placeres, sin retroceder ante las mayores violencias. "La corrupción del alma —dice un escritor de la época— era mayor que la del cuerpo. Apenas los horrores de la peste negra habían descargado su furia sobre los aterrados pueblos, desencadenábanse todas las bajas pasiones con tanto más frenesí cuanto mayor era el pasto de satisfacción que encontraban en el botín de las víctimas de la peste, cuyo recuerdo se desvanecía

pronto. Parecía como si la espantosa proximidad de la muerte no hiciese más que exacerbar el gusto de vivir y de gozar... El crimen levantaba insolentemente la cabeza, dándose cuenta de que no había nadie para cerrarle el paso con la ley... Y ni siquiera el peligro manifiesto de muerte aplacaba la furia de la codicia desenfrenada, ávida de apoderarse de los bienes de los muertos, que nadie se cuidaba de vigilar". Dábanse incluso casos de frailes que se trasladaban a la ciudad para comer y beber a sus anchas, ahora que el patrimonio del monasterio enriquecía con sus rentas a los pocos supervivientes.

Como es lógico, el hombre no se cruzaba de brazos ante el azote de las epidemias ni, en general, ante las enfermedades. Había una ciencia médica y muchos que se dedicaban a ejercer la profesión de la medicina. Habíanse adquirido valiosos conocimientos mediante el estudio de las obras médicas de la antigüedad y la experiencia de la práctica, pero las gentes de la época abrigan, no pocas veces, las ideas más disparatadas acerca de las virtudes curativas de las piedras preciosas y de muchas plantas y acerca de las causas de las enfermedades. Las panaceas eran fuentes de considerables daños; a la sangría, principalmente, se le atribuían virtudes mágicas para todos los males habidos y por haber. Y lo peor de todo era que el pueblo, en general, no se dirigía a los médicos, sino a los brujos y a los charlatanes, en los que tenía una fe ciega. Reinaba una libertad absoluta en el ejercicio de la medicina y de la curandería. En la práctica, no siempre era fácil distinguir la fe que se ponía en las reliquias de la que se depositaba en los amuletos y en las brujerías, sobre todo porque se tendía a creer que las enfermedades cuya curación se hallaba especialmente encomendada a ciertos santos habían sido enviadas precisamente por ellos para castigar los pecados del enfermo o por despecho, por no haber sido lo bastante devoto para con ello. Y, como es natural, las ceremonias religiosas, las peregrinaciones de desagravio y las procesiones con que la iglesia pretendía combatir las pestes no hacían más que aumentar, con la difusión del contagio entre tanta gente reunida, el peligro de que las enfermedades se propagasen.

El baño fue durante toda la Edad Media una práctica muy extendida, sobre todo desde la época de las Cruzadas. Sin embargo, veíase en él, sobre todo en el baño caliente, que era el más gustado, tanto un motivo de placer como una práctica sanitaria e higiénica, aunque se tenían en gran estima, en cuanto a su eficacia, los baños medicinales y las aguas curativas. Es cierto que se habían dejado derrumbarse y habían caído en el olvido las grandiosas termas romanas; en las miserables "casas de baños" de la Edad Media casi no se veían más que grandes tinajas, en las que se metían juntos, no pocas veces, el hombre y la mujer; la gente jugaba en el baño, comía, bebía y cantaba. La Edad Media tomó, además, de los esclavos los baños de vapor. A fines de la era medieval había tomado gran incremento la institución del baño y los placeres con ella relacionados —había casas de baño incluso en muchas aldeas—, hasta que, a consecuencia de la sífilis, que las casas de baño contribuyeron a propagar en grandes proporciones, y del excesivo consumo de leña que llevaban aparejado; sobrevino un súbito retroceso. Mucha gente se en-

tregó ahora a los baños de aguas minerales en los manantiales vivos, a los que se atribuían sobre todo virtudes medicinales, aunque se quería seguir encontrando en ellos, muchas veces, los mismos placeres que antes se gozaban en las casas de baños.

Ya en páginas anteriores hubimos de referirnos a la libertad verdaderamente pasmosa con que en grandes capas de la sociedad medieval se contemplaban las *relaciones sexuales*. Estas ideas, al igual que muchas de las costumbres licenciosas que iban asociadas al baño, la naturalidad con que las autoridades eclesiásticas —sin perjuicio de lamentar de vez en cuando de las flaquezas de la carne— se avenían al funcionamiento de una o varias “casas de mujeres” en cada ciudad importante¹⁴ y su falta de escrúpulos para percibir incluso tributos sobre ellas, se explican en buena parte por aquella “patología árabe de los humores”, según la cual la abstinencia sexual provocaba en el hombre una corrupción infalible de los jugos vitales, que conducía a la muerte. Por eso nos encontramos constantemente con el consejo de que ni los clérigos ni los seglares deben abusar de su castidad, y esto explica también por qué, en las biografías de santos o de sacerdotes piadosos, se presenta la castidad, que en ellos no era más que el cumplimiento de un deber, como una especie de heroísmo inconcebible, ensalzado con pasmo y admiración.¹⁵

La excesiva proporción numérica del sexo femenino con respecto al masculino y la pobreza de las capas humildes de la población hacían que no escaseasen las mujeres explotadas con estos fines. Además, “no era raro el caso de que los padres entregasen a sus hijas, y los maridos a sus esposas, por dinero, a un tratante en mujeres”. Había, por otra parte, legiones de mujeres que erraban, libres, de unos lugares a otros. Y así, vemos cómo en la cristianísima Edad Media, al igual o de modo semejante que en los pueblos primitivos, estaba a la orden del día el suministro de mujeres de vida alegre para distraer a los huéspedes con quienes se quería

cumplir bien y para amenizar las grandes fiestas populares, las asambleas, los concilios y otras reuniones por el estilo.¹⁶ No debió de ser nada excepcional, en aquellos tiempos, el sucedido que se relata en una biografía de Wilwolt de Schaumburgo, un rico burgués de Gante:

El señor Wilwolt organizó un banquete, al que invitó al primer capitán inglés, a los mejores hombres de su nobleza y a muchos otros grandes señores y gente poderosa... Para ello, había mandado que le enviasen de Brujas y de Flandes a las muchachas más bonitas que allí pudieran encontrarse y a los mejores músicos. Todo el mundo se puso a bailar y estaba contentísimo, y por la noche obsequió a cada uno de los señores invitados con una de aquellas hermosas mujeres para que durmiese con ella, con arreglo a las costumbres del país. A la mañana siguiente, le fueron devueltas todas en la mejor de las formas, por lo que él dio las gracias más rendidas. Le hizo un espléndido regalo a cada una de ellas y las mandó a sus casas, con todos los honores.

En estas condiciones, no tiene nada de extraño que toda la Edad Media estuviese plagada de las enfermedades que van siempre aparejadas a esta vida licenciosa y que, a fines del siglo xv, hiciese verdaderos estragos la sífilis.

NOTAS

1 El relato de estas bodas se reproduce en J. Bühler, *Fürsten und Ritter*, pp. 155 ss.

2 En las comidas solemnes solían presentarse diversos platos de repostería, aderezados muchas veces con almendras.

3 Las fuentes casi no hablan más que del vestido de los días de fiesta y, por tanto, de las gentes que podían permitirse el lujo de tenerlo, y las diversas historias de la cultura se refieren también casi exclusivamente a esta clase de vestidos; esto hace que las conclusiones que se sacan sobre el modo como vestían realmente las gentes de la Edad Media sean casi siempre falsas.

4 G. Freytag, *op. cit.*, tomo I, p. 655.



—Sinopsis Foto

“había una ciencia médica”

5 Acerca de las modas en el vestir ofrece abundantes datos, aparte de las historias usuales del vestido, la de H. Weis y A. Schultz, *op. cit.*, pp. 284-395.

6 Lo más importante acerca de los tipos de construcción de la vivienda en la alta y la baja Alemania, durante la Edad Media, aparece recogido en J. Bühler, *Bauern, Bürger und Hansa*, p. 22.

7 Detalles más precisos en Janssen, *op. cit.*, tomo I, p. 427.

8 Cf. el informe sobre el estado de las calles de Nuremberg, en el año 1368, en J. Bühler, *Bauern, Bürger und Hansa*, pp. 153 ss.

9 Informe de Ausburgo, de 1416, *op. cit.*, p. 211.

10 J. Bühler, *op. cit.*, p. 409.

11 Esta fue la trayectoria seguida por la peste dentro de Europa, pero hay además informes de los que se deduce que llegó hasta Tierra Santa.

12 “El enfermo quedaba tirado en su casa, sin que nadie le atendiese. Ningún pariente se atrevía a acercarse a él, ningún médico osaba pisar su casa; hasta el mismo sacerdote le alargaba con repugnancia y haciendo un gran esfuerzo, los santos sacramentos. Los niños imploraban la ayuda de sus padres, los padres y las madres las de sus hijos e hijas, un esposo la del otro con súplicas desgarradoras. Era en vano. Y si la gente se atrevía a tocar los cadáveres de los suyos para enterrarlos, era porque no se encontraba nadie que se prestase a cumplir por dinero el último deber hacia los difuntos. Ni la voz del pregonero, ni los trompetazos de la corneta fúnebre, ni las campanas repicando a muerte, ni los oficios mortuorios congregaban a los amigos y parientes de los difuntos en su entierro. Los cadáveres de las gentes más nobles y distinguidas eran llevados a la tumba por los hombres más humildes y más viles, pues un pánico indecible hacía que todos sus amigos y compañeros de clase se alejasen de su ataúd”: estas líneas están tomadas de un relato de la época, citado por Haeser, *Geschichte der Medizin*, tomo III, p. 143.

13 No queremos decir que la “danza macabra” sea un producto de estas experiencias vividas y de este ambiente, los cuales sólo explican la gran difusión que esas estampas llegaron a adquirir. Sobre la historia de la “danza de la muerte”, cf. Huizinga, *Herbst des Mittelalters*, pp. 203 ss.

14 La “Ordenanza sobre las Casas de Mujeres” de la ciudad de Nördlingen (1472) comienza así: “Ya que la madre de la santa cristianidad [es decir, la iglesia] tolera, para evitar males mayores, que exista en el municipio una casa de mujeres y que haya en ella muchachas de vida libre...” Citado por Kriegk, *op. cit.*, tomo II, p. 293.

15 Frases como la que dice que los venerables no deberán hacerlo para su placer, sino simplemente para eliminar los humores sobrantes (citada por Haeser, *op. cit.*, p. 225) no están inspiradas siempre en el deseo de hacer un chiste de mal gusto, sino que envuelven, como demuestra, por ejemplo, el texto citado por G. Ritter en sus *Studien zur Spätscholastik*, tomo III, pp. 81 ss., un problema seriamente debatido por los teólogos morales de aquel tiempo.

16 Hay, por ejemplo, documentos de la época en que se fija la cantidad que el prestamista debe gastar en suministrar rameras al deudor moroso constituido en prisión para responder de su deuda. Haeser, *op. cit.*, p. 225.



—Breughel. Editions d'histoire et d'art

“en el campo, no le permitían darse una vida regalada ni siquiera placentera”